

## LIBRO IV

### EL PROCESO NATURAL DE LA HISTORIA

#### XXIV

##### La definición del proceso natural.

A la concepción usual errónea del comienzo del género humano y de su desarrollo progresivo, acabamos de sustituir una concepción que tiene para ella hechos históricos, hechos de observación, y la única en cuyo favor no se emplean más que argumentos de una lógica de buena ley. Nos resta por destruir un segundo error, relativo á la definición del proceso natural.

Nuestros sociólogos modernos—los hemos demostrado más arriba—se han formado una idea demasiado estrecha del proceso natural, y al aplicar á la historia humana su concepción *infinitamente restringida*, han producido bastante oscuridad, han entremezclado y confundido las definiciones.

Recordemos lo que hemos dicho más arriba á propósito de la definición general del proceso natural, ó, en cierto modo, á propósito de la definición del género; recordemos lo que hemos dicho á propósito de la definición de las cuatro especies: definición del proceso sidérico, del proceso químico, del proceso vegetal, del proceso animal. Es evidente que el des-

arrollo de la humanidad no pertenece á ninguno de estos procesos conocidos. Es un proceso de un género completamente especial: el proceso natural social. No podemos menos de ponerle á la cabeza de los otros cuatro. La impresión general que hemos experimentado al considerar el desarrollo de la humanidad, es que este proceso natural se cumple con una necesidad imperiosa por encima de lo arbitrario de la libertad del hombre; importa, pues, que esta impresión general se precise y se transforme en una convicción científica. Para esto no es preciso penetrar en la *esencia* de los procesos naturales en general, separar los factores constitutivos de cada uno de ellos; fijar la especie y constitución de las fuerzas que la determinan y las fases características é indispensables que él implica.

## XXV

### Los factores constitutivos de todo proceso natural.

En todo proceso natural se pueden observar dos factores esenciales, dos factores que le constituyen; de una parte *elementos heterogéneos*, de otra parte una *acción* recíproca que estos elementos ejercen los unos sobre los otros y que atribuimos á ciertas fuerzas naturales.

Observamos estos factores en el proceso natural *sidérico* y los *diversos cuerpos* celestes ejercen los unos sobre los otros ciertas acciones que atribuimos á una fuerza de atracción ó á una fuerza de gravedad.

«No existe lazo alguno material que sujete el planeta

al sol; pero lo que reúne á los dos con cierta elasticidad, es la influencia inmediata de una *acción elemental* y la atracción universal (1).»

En el proceso natural químico observamos elementos muy diversos que se comportan los unos con los otros de la más distinta manera, que se atraen ó se rechazan, entran en combinación ó se separan; estas acciones ó sus efectos las relacionamos con ciertas fuerzas inherentes á estos elementos.

El proceso natural *vegetal* y el proceso natural *animal* comienzan igualmente por el *contacto de elementos heterogéneos* que *designamos* bajo el nombre de *sexos diferentes*; obrando recíprocamente los unos sobre los otros, es como estos gérmenes determinan el proceso natural vegetal y el proceso natural animal.

Para que haya proceso natural, es preciso que los elementos heterogéneos obren los unos sobre los otros. La ciencia está profundamente penetrada de esta idea; testigo, la *teoría atómica*.

Admite esta teoría que hay en los cuerpos parcelas invisibles que obran las unas sobre las otras (2). Le creí evidente no poder explicar mejor el origen de todos los procesos naturales.

Toda hipótesis no es más que la consecuencia de la noción del proceso natural, tal como la observa-

---

(1) Lotze: *Mikrokosmos*, tomo 1, pág. 77.

(2) «El átomo aislado está rodeado por el espacio. Este no está vacío. Hay en innumerables puntos otros átomos, homogéneos ó diferentes. Puede admitirse que entre todos estos átomos, elemento del mismo mundo, hay una concepción de solidaridad recíproca, de la cual resulta una reacción inmediata de sus estados interiores» (Lotze, l. c., tomo 1, pág. 39). Así, sobre poco más ó menos, se representa actualmente la causa natural de los procesos químicos (y también de otros procesos).

ción de la naturaleza la ha producido en el espíritu humano (1).

Llegamos al *proceso sociológico*. Le consideramos como de un género especial, estimamos que difiere de las cuatro especies de procesos naturales citados más arriba, pero que no deja de ser por eso un proceso natural: No merecería este título si no se pudiesen separar en él los dos factores esenciales del proceso natural: los que constituyen la definición genérica; debemos, pues, distinguirlos. Los *elementos heterogéneos* son aquí *elementos étnicos*: los constituyen esas innumerables bandas humanas que se nos han revelado como el más lejano comienzo de la existencia de la humanidad. La multiplicidad de estos elementos heterogéneos disminuye, es cierto, á medida que la humanidad se desarrolla y que disminuye el número de las hordas y de las tribus; por lo menos, disminuye bajo esta forma. Sea como quiera, tenemos en este dominio también elementos heterogéneos diferentes y la diferencia proviene de los orígenes: hay que admitir esto como cierto, según todo lo que dejamos expuesto.

No nos resta que buscar más que el segundo factor constitutivo de un proceso natural: las *acciones de-*

---

(1) Guyot también (*Earth and man*) atribuye el proceso natural animal á una simple diferencia y á una reacción entre los elementos diferentes provocados por esta misma diferencia. «Por todas partes, dice, ya sea por el efecto de una simple diferencia, ya de la materia, ya de las circunstancias, ya de la posición, es lo cierto que las fuerzas *vitales* se manifiestan y que se produce entre los cuerpos un cambio recíproco de propiedades, dando uno al otro lo que no poseen.» Carey hace notar á propósito de este pasaje: «Este cuadro, compuesto para representar los movimientos del mundo orgánico, es también la imagen fiel de los movimientos del mundo social» Carey: *Socialwissenschaft*, tomo 1, pág. 68).

terminadas que estos elementos ejercen los unos sobre otros, principalmente las acciones que tienen un carácter de regularidad natural necesaria, un carácter de eterna duración. Evidentemente, es preciso guardarnos de creer que haya aquí alguna analogía con las acciones recíprocas de los elementos heterogéneos en el dominio de los otros procesos naturales. Debemos, quedando fieles al método inductivo, tener en cuenta únicamente las acciones que nos suministran hechos conocidos y la experiencia real.

Felizmente, estamos á punto de establecer una fórmula de acción recíproca que los elementos étnicos heterogéneos, ó, si se quiere, los elementos sociales de orígenes diferentes, ejercen los unos sobre los otros. Es una fórmula á la cual no se puede rehusar una *certidumbre* y una *generalidad completas casi matemáticas*, porque se presenta á nosotros de la manera más irrefutable en el dominio de la historia y de la vida actual.

Esta fórmula es muy sencilla: todo elemento étnico esencial potente busca para hacer servir á sus fines todo elemento débil que se encuentra en su radio de potencia ó que penetre en él. Esta tesis sobre la relación que presentan entre sí los elementos étnicos y sociales heterogéneos, esta tesis con las consecuencias que de ella se derivan, sin que se pueda exceptuar una sola, encierra la solución completa del enigma del proceso natural de la historia humana. Veremos siempre y en todas partes realizar esta tesis, en otro tiempo y ahora, entre las relaciones entre los elementos étnicos y sociales heterogéneos, y podremos convencernos de su universal aplicación. En este punto no ceden á nadie las leyes naturales, tales como la atracción y la gravitación, la afinidad química ó las leyes de la vida vegetal y animal.

Para comprender mejor esta *ley natural social* en la universalidad de sus aplicaciones, nos es menester estudiarla en sus consecuencias y en las formas que toma, según las circunstancias y condiciones (1).

## XXVI

### El proceso social

Resultan estas formas de las diversas posibilidades para que un elemento étnico social pueda emplearse en otro con objeto de realizar sus fines. Estas posibilidades se modifican según la época, las circunstancias, las fases de desarrollo y la constitución de los elementos étnicos y sociales, que entran en contacto los unos con los otros. En la fase más inferior del desarrollo, en el estado de salvajez primitiva, una banda de hombres no puede hacer concurrir á sus fines á las otras bandas, aquellas que le son «extrañas por la sangre», de otro modo que cazándola y matando y devorando sus miembros. La historia auténtica, así como los numerosos relatos de los viajeros acerca de los pueblos en estado natural, nos dan testimonio de este género de relación entre las bandas, las hordas y las

---

(1) Nos limitaremos á recordar que de un extremo á otro de la naturaleza, los individuos explotan para sostener su existencia á los individuos de otra especie. El mundo vegetal explota al mundo inorgánico absolutamente, como el mundo animal explota al mundo vegetal. Además, las enfermedades más diversas que afligen á la humanidad provienen, como es sabido, de que ciertos organismos vegetales y animales microscópicos, hacen servir al hombre casi sin defensa, para el sostenimiento de su vida.

tribus extrañas por la sangre. Es, por lo demás, muy verosímil que la *primera* disminución de la innumerable pluralidad primitiva de las tribus humanas heterogéneas, la primera «extinción de numerosas variedades humanas, se haya producido por *esta vía*, simplemente por la voracidad de tribus más poderosas (1).

En un grado ulterior de desarrollo se reconoce que no se puede utilizar mejor para los propios fines el elemento social extraño que ocupándolo en los *servicios* más diferentes. El elemento étnico ó social más poderoso se esfuerza en *venir á ser maestro* del más débil, á fin de hacerle trabajar para él. Si viene á serlo, se produce entre los elementos étnicos hetero-

---

(1) El canibalismo estaba en otro tiempo repartido sobre la superficie de la tierra; existía en *todas* las tribus humanas. Este hecho está reconocido científicamente. (Véase Otto Casparis: *Die Urgeschichte der Menschheit*, Leipzig, 1873, tomo 1, pág. 351.— John Lubbock: *Origins of civilisation*, etc..., cap. VII,—Joly: *Der Mensch vor der Zeit der Metalle*, Leipzig, 1880, pág. 411.)

Véase lo que Schmidt cuenta á propósito de los apaches entre el río Grande del Norte y el río Colorado en la América Central: «No he observado jamás el canibalismo, pero quizá ha existido en otro tiempo. Un día hice una pregunta sobre este punto; se me respondió que los peutas, tribu de indios, tienen cierto gusto que los hace poco sabrosos para la comida. Las tribus de indios de América eran en otro tiempo antropófagos: testigo, las tradiciones, así como los numerosos túmulos, en los cuales se han encontrado, al lado de otros restos de comida, huesos humanos hendidos, de los cuales sin duda se habían comido el tuétano.» El número inmenso de huesos humanos que encierran estos túmulos dice Appun, confirma lo que se ha puesto, es decir, que las tribus de indios antropófagos han celebrado en otro tiempo sus fiestas en estos lugares (*Die Indianerstämme Britisch Guyanas*. En la revista *Ausland*, 1871, pág. 162).

Explicar el origen de la antropología por las ideas religiosas como hizo Hellwald en la *Curturgeschichte* (primera edición, página 26), es demasiado artificial, es conocer mal la naturaleza del salvaje.

Lippert (*Religionem*, pág. 47 y siguientes) atribuye el caniba-

géneos una relación de dominación, se realiza un gran progreso: la esclavitud y la servidumbre. Este resultado depende de la constitución del elemento social más débil, porque éste, siendo demasiado débil, para tener á distancia el elemento más poderoso, puede no ser bastante débil para plegarse á la esclavitud y para aceptarla. Las relaciones que en este caso pueden establecerse son dos géneros diferentes.

O bien existen condiciones por cuya consecuencia las tribus heterogéneas consideran que es ventajoso establecer una alianza, y para ir reunidas á atacar á elementos más débiles: en este caso, los elementos confederados acaban por amalgamarse. O bien el elemento más poderoso rechaza semejante asociación. A menudo, la asociación parece inaceptable al más

---

lismo á ciertas ideas (sobre el alma) que todos los hombres en el estado de la naturaleza tenían, porque eran hombres. Esta explicación no nos parece menos exclusiva, porque la idea no viene más que en último lugar, y tiene siempre como anterior la práctica animal instintiva que no conoce más que la necesidad, pero no supone ideas. Solos esta práctica, estos hechos, provocan ideas que no se habrían producido de otra manera. Es verdad que estas ideas fijan el uno, pero también le contraen á hacer separaciones y á seguir vías secundarias. Es lo que ha ocurrido probablemente para el canibalismo. Fué practicado en un principio como un sencillo acto animal, fruto de una necesidad grosera. Si ciertas ideas sobre el alma se asociasen en seguida, estas ideas serían una especie de justificación; estas ideas, además, impulsaron al canibalismo por vías contrarias á la naturaleza; así, bajo esta influencia nació la costumbre de comerse á los niños y á los viejos, etc...

Lippert, en general, nos parece, como hemos visto en el capítulo *Poligenismo y religiones*, que tiene una tendencia exclusiva á no atribuir más que á una sola idea la responsabilidad de los fenómenos sociales, á no buscar más que en una sola de estas ideas la raíz de estos fenómenos. Estos, sin embargo, aunque tengan las ideas como *primera* fuente, provienen de un ciclo completo de ideas.

débil; y como el primero no puede lograr que el segundo se someta á servirle como esclavo, se considera en el deber de suprimirle.

Así es que, independientemente del caso en que la amalgama se hizo posible por múltiples condiciones de naturaleza física y moral, no hay entre los elementos heterogéneos más que dos especies de relaciones imaginables: ó bien la tribu más débil se deja emplear en la satisfacción de las necesidades de la más fuerte y entonces continúa viviendo, ó bien no consiente y entonces la otra la extermina.

Tales son las relaciones y las *acciones* recíprocas que se han verificado *naturalmente*, que se producen en virtud de una *necesidad natural* entre los elementos étnicos y sociales heterogéneos. Esto es lo que perpetúa el proceso de la historia completo, lo que hace avanzar en todos sentidos el desarrollo de la humanidad.

¿Tendremos que poner ejemplos en apoyo de estas aserciones? Lo que se llama historia universal no es otra cosa que una vasta colección de ejemplos en apoyo de las proposiciones precedentes. ¿Qué son las guerras de los Estados y de los pueblos, sino expediciones de pillaje organizadas por la explotación del elemento étnico ó social de naturaleza diferente?

Lo que ha ocurrido en pequeña escala entre las tribus primitivas de los pueblos susodichos «en el estado de la naturaleza», se renueva en un grado superior de desarrollo y se produce entre «las naciones civilizadas, sólo que éstas se decoran con nombres pomposos y toman formas menos groseras; pero, en rigor, el fondo es la misma cosa. Cuando la penuria sobreviene, los aproches se organizan bajo la dirección de un jefe y emprenden una expedición para ir á pillar

las tribus vecinas y «procurarse caballos y asnos» (Hasta sabemos que la carne de estos vecinos les parece demasiado salada) (1).

Vambéry nos da algunos detalles concernientes á las tribus del Asia central. La vida de los habitantes del desierto se pasaría perfectamente si la inclinación al pillaje y á guerrear no fuese su principal rasgo característico. La guerra, que es siempre una llaga, produce las consecuencias más terribles que se puede imaginar. Por la menor causa (pero no hay el deseo de explotar á los otros) (?), una tribu que se siente más poderosa cae sobre otra más débil. Los individuos en estado de tomar las armas triunfan ó mueren; las mujeres, los niños y las armas de los vencidos son distribuídas como botín, y cuántas veces sucede que una familia que la víspera se abandonaba al reposo y á la felicidad, se encuentra al día siguiente dispersada, privada de sus parientes de su libertad y de su hacienda (2).

Hechos absolutamente semejantes ocurren entre las tribus de los albaneses, aunque aquí nos encontramos en presencia de europeos de origen primitivo y en general de cristianos «La *tsetha* ó racia, cuenta Dumont, á propósito de los albaneses, es otra consecuencia del carácter de este pueblo. Caer sobre la tribu vecina, principalmente si es de otra religión, y apoderarse de sus rebaños, es un placer que asegura buenos provechos en tiempos de reposo. La *tsetha* se encuentra en todas las tribus que apenas nacen á la civilización. Los pretextos de ataque no son necesarios: el extranjero que es el enemigo natu-

(1) Véase la *Revista Ausland*, 1871, pág. 347.

(2) *Skizzen aus Mittelasien*, pág. 64.

ral ó más bien el indiferente hacia el cual son muchas las obligaciones que debe guardarse; el culpable es el que se deja sorprender.

»Las querellas nacen en este país por los más fútiles pretextos, sobre todo entre hombres de diferentes tribus. De los insultos se pasa á las manos; en cuanto corre la sangre, el clan entero se hace solidario de la familia de la víctima. Las *vendettas* son perpetuas en las montañas. Como en Cattaro y entre los slayos de Bosnia, son verdaderas guerras en que se suceden los incendios y los asesinatos (1).»

En el fondo, las guerras de las naciones civilizadas no son otra cosa que «formas superiores» de estas primitivas expediciones de pillaje. Solamente que los hombres primitivos son más francos y más sinceros y no quieren parecer mejores de lo que son, mientras que las guerras de las naciones civilizadas se hacen al abrigo de toda especie de frases posibles bajo pretexto de ideas civilizadoras y políticas por «la libertad», por «la humanidad», por «la nacionalidad», por «la fe», ó cuando menos «por el equilibrio europeo». A la verdad, una nación europea victoriosa no se contenta con algunos caballos y algunos asnos, como los apaches, ni con rebaños como los kirghises, ó con algunas cabras, como los albaneses; un pueblo europeo vencedor sabe sacar millones de semejante negocio. ¡Tal es la diferencia!

---

(1) *Revista de Ambos Mundos*, 1872, tomo vi.

## XXVII

La historia tal como se escribe no es una ciencia  
sino un arte

Podía objetársenos que esto no es más que una fantasía subjetiva, que hay aserciones que no resisten al examen, que algunos ejemplos sacados del dominio infinito de la historia y de la etnología están lejos de probar estas proposiciones. Pues bien; que se nos muestre *un solo* período, un solo momento de la historia que refute esta teoría. Miremos en torno nuestro, consideremos las guerras actuales sea en la Europa «civilizada», sea en el Norte y en el Sur de América, en el valle del Nilo ó en el lejano país del Cabo. ¿Existe actualmente en toda la tierra un país á propósito del cual no pueda invocarse, en apoyo de nuestros asertos, los acontecimientos que allí pasan?

¡Qué de exclamaciones no se hacen á propósito de las proposiciones que hemos formulado aquí! Lo que en verdad podría excitar la sorpresa, es la ceguedad de una ciencia más antigua quizá que todas las otras, de una ciencia á la cual ciertamente se ha consagrado una mayor suma de trabajo intelectual que á todas las otras ciencias. Sí; esta ciencia bien orgullosa, queda tejiendo incesantemente la tela del tiempo, sin saber lo que teje, sin darse cuenta de lo que *su obra representa y significa*. Celebra los gestos y los hechos de los grandes hombres. Estos grandes hombres no son más que *marionetas* llevados de aquí para allá por los hilos de la ley natural: no lo sospecha porque

no reflexiona. Admira estas marionetas en lugar de admirar esos resortes secretos que en el taller de la naturaleza cumplen, desde su origen, sus movimientos, siempre los mismos, en vez de admirar esos andadores de hierro que guían á la humanidad, recorriendo sin cesar los mismos días, el mismo cielo, entre la muerte y la vida, entre el declive y la subida, entre la decadencia y el rejuvenecimiento, no acabando una revolución más que para comenzar otras, del mismo modo que los astros no cesan de describir su órbita respectiva, de alternar el día y la noche.

En cuanto al grandioso espectáculo natural que se desarrolla en el dominio social de la humanidad, la «esencia» de la historia no tiene el sentimiento de él, no tiene ojos para verlo. No aplica su atención más que á los hechos menudos de la vida cotidiana de los pueblos, la cual vida es vana y perecedera. Del mismo modo, el rocío de los campos, en el esplendor de sus colores, refleja bien el sol, pero no se produce la imagen más que haciéndole sufrir múltiples refracciones y exponiéndola en millones de rayos: la historia no podría suministrarnos la menor enseñanza acerca de las leyes cósmicas de la existencia y del movimiento.

La historia universal que nos es familiar, «la historia universal», tal como se la practica desde vieja fecha, no tiene en realidad el carácter de una ciencia, sino el de un *arte*. El arte también se ocupa en representar ciertos aspectos de la naturaleza, de reproducirlos en cuadros conmovedores capaces de hacer sentir sensaciones en las que el hombre se complace. La historia, tal como se ha tratado ordinariamente, no produce otro resultado. Nos describe los acontecimientos que nos emocionan, nos traza la biografía de

hombres eminentes, su felicidad, y, en fin, las guerras y las batallas, las victorias y los desastres. Espectáculos son estos que, según el punto de vista desde el cual nos colocamos, nos hacen temblar de terror ó lanzar gritos de alegría. Por otra parte, cada historiador pone en juego su opinión subjetiva sobre el bien ó el mal, sobre lo que es vulgar y lo que es noble: su opinión no es más que la opinión de su subjetividad. A propósito de un solo y mismo hecho, el uno se entristece, el otro se alegra; uno elogia una acción que el otro condena; el uno exalta un hecho que el otro denigra; el uno trata de beneficio celeste tal acontecimiento, que para el otro es una espantable calamidad. ¿Pertenece todo esto á la ciencia? No; esto no es más que el arte: el arte, cierto es que desempeña un gran papel y que tiene gran importancia en la vida humana, que llena una gran misión, pero al que no debe confundírsele con la ciencia. La ciencia no se ocupa más de que la naturaleza y sus *leyes*; no tiene que considerar más que los desarrollos naturales y las leyes que le sirven de base.

Semejantes investigaciones históricas, puramente científicas, no son posibles, es verdad, desde el momento en que se reconoce que la historia es un proceso natural, desde que se tiene una idea correcta de este proceso, de sus factores y de sus móviles elementales, así como de las fuerzas y tendencias que reinan entre ellos.

## XXVIII

## La esencia del proceso natural social

La historia de la humanidad es un proceso natural: lo hemos tomado de bien alto á fin de convencer al lector. Hemos encontrado en el desarrollo de la historia los dos factores esenciales que encontramos en todo proceso natural, los dos factores que le constituyen, de una parte *elementos heterogéneos*, de otra parte *ciertas relaciones y acciones* recíprocas entre estos elementos. Antes de comenzar á buscar la esencia de este proceso, á responder á la cuestión de saber *en qué consiste el desarrollo de este proceso*, por qué movimientos avanza y se dirige, vamos á echar una ojeada sobre el desarrollo de los otros procesos naturales y á tratar de distinguir bien en qué consiste este desarrollo.

Existe en todo proceso natural un fenómeno general que se impone á nuestra atención, una fase que parece ser en cierto modo la forma más general de la actividad de las fuerzas empleadas en el proceso natural en cuestión. Este fenómeno más general es un *ciclo* que tiene un comienzo siempre parecido y un fin siempre parecido también. Los cuerpos celestes se mueven en sus órbitas determinadas. La acción de las fuerzas genésicas en la naturaleza aunan muchas formaciones y transformaciones, procediendo á una corrupción á la que sigue una resurrección. Este ciclo, por lo demás, opónese bien claramente en el proceso

vital de la planta y del animal, y comprende también al hombre.

¿Existe en la *historia de la humanidad* un ciclo reproduciéndose de una manera característica? Es verdad que se ha hablado mucho de ciclo á este propósito, y qué número de páginas se han escrito en las cuales se habla del ciclo (1). Pueden, efectivamente, observarse en la historia ciertos movimientos cicloides. Nos bastará recordar que todas las grandes civilizaciones han perecido y que otras nuevas se han desarrollado en su lugar, que los Estados y las naciones han estado sometidas á eternas alternativas de ascensión y declive. Reservamos este asunto para tratarlo más tarde. Ahora no hacemos más que pasar rápidamente sobre él. Este pensamiento es todavía un poco vago; es como el resplandor de una estrella. Podrá brillar bastante para esclarecer la vía por la cual se ha efectuado probablemente el desarrollo del proceso de la historia; desde que han comenzado á obrar las fuerzas que dominan en este proceso, podremos distinguir estos principios... Por tal esperanza hemos mencionado este pensamiento.

Lleguemos ahora al desarrollo de que hemos hablado. ¿En qué puede consistir? Vamos aún más lejos. Generalicemos la cuestión. ¿En qué pueden consistir el desarrollo y la conclusión de un proceso natural? La respuesta no es difícil. La intervención de las fuerzas que suponemos inherentes á los elementos heterogéneos primitivos de que hemos hablado, ó, para expresar la misma idea bajo otra forma, las acciones que las partes elementales ejercen las unas

---

(1) Véase Lasaulx: *Philosophie der Geschichte*, pág. 104.—*Studien*, etc., pág. 63.

sobre las otras, se *manifiestan al producir* alguna cosa, conducen á ciertos grupos especiales. Siendo éstas una combinación de partes elementales, hacen obrar y aparecer ciertas combinaciones dinámicas que nos parecen superiores, ó, en otros términos, determinan efectos que se nos presentan como más complicados que los de las partes elementales. Desde entonces, esta marcha se continúa produciendo grupos cada vez más considerables, dotados de fuerzas cada vez también más considerables. Una serie de fases de este género, esto es lo que forma el curso del proceso natural.

Existe un error, al cual no han sabido sustraerse cuantos han tratado este asunto ó cuantos han expuesto este pensamiento. Se había siempre figurado hasta el presente, como ya hemos mencionado que el proceso natural social era análogo á tal *otro* proceso natural *conocido*. Por consecuencia de esta idea preconcebida, se hacían esfuerzos por separar de hecho en el proceso social *otro proceso natural*, por ejemplo, el proceso vegetal ó el proceso animal, en lugar de reconocer, como hubiera debido hacerse, que es de una naturaleza especial. Se quería, por ejemplo, reconocer elementos ó formas, sea de vegetales, sea de animales, en los grupos que producen el progreso social. Es bien exacto que el proceso social en el fondo se desarrolla como todo otro proceso natural, puesto que las fuerzas que se ejercen en sus partes elementales producen ciertos grupos que toman en seguida el papel de partes elementales. Únicamente hay aquí aglomeraciones *sociales*, no otra cosa; no son ni células, ni plantas, ni animales. La analogía no nos puede dar idea del cambio haciéndonos confundir los caracteres del género con los caracteres de la espe-

cie. A título de *proceso natural*, el proceso social tiene ciertamente caracteres de género que le son comunes con todos los otros procesos naturales, pero á título de *proceso social* se distingue de los demás. Los grupos que produce este proceso natural no son ni células, ni tejidos, ni órganos, ni organismos; no son nada semejante.

Son sencillamente *comunidades sociales* que reposan sobre una organización del poder, sea sobre una comunidad de ciertos caracteres materiales ó aun de caracteres intelectuales, intereses ó conquistas. Estas comunidades sociales se producen en el curso del proceso natural histórico bajo la forma de las más diversas combinaciones: se superponen, crecen, se enlazan de mil maneras, según las diversas complicaciones que presentan, y los intereses y relaciones de subordinación sobre las cuales se han establecido. Mas, por lo mismo que estas comunidades deben su conocimiento al proceso natural histórico, del mismo modo ese proceso le es deudor de su persistencia y de sus adelantos: esas comunidades se encuentran en el número de sus factores, en el número de sus estimulantes.

## XXIX

### La perpetua identidad de esencia de las fases sociales

Antes de pasar á la observación directa del proceso natural histórico, vamos á presentar algunas con-

sideraciones relativas á dos aspectos de su desarrollo continuo.

En primer lugar una observación cronológica.

Cometeríamos un error evidente si pretendiésemos colocar el comienzo de este proceso natural, en el comienzo *del conocimiento que teníamos de él*: si lo quisiéramos hacer partir de la primer tradición histórica ó del primer testimonio histórico auténtico.

El desarrollo histórico conocido se remonta á próximamente seis mil años: esto no es aparentemente más que un pequeño lapso de tiempo de ese gran proceso natural social que se ha desarrollado desde los comienzos más lejanos de la presencia del género humano sobre la tierra. En este particular no puede haber ninguna duda, porque tenemos pruebas y testimonios irrefutables de la existencia del hombre en las épocas prehistóricas más alejadas. *La invención de la escritura* ha permitido solamente trazar exactamente la historia. Esta invención es, por decirlo así *de fecha reciente*, relativamente á la edad de la humanidad. Sin ella, haciendo abstracción de algunos monumentos en ruinas, nos veríamos obligados á interrogar á la *tradición oral*. Es verdadero que esta tradición nos habla de tiempos pasados. Sí; ella es la que ha conservado los más lejanos recuerdos: solamente que nos habla una lengua que nosotros no comprendemos. Las enseñanzas que nos ofrece están envueltas en una corteza que no podemos romper. La historia, en sus investigaciones, no puede, provisionalmente por lo menos, remontarse á más allá de miles de años en las oscuridades y vaguedad de la tradición, en los enigmas de los monumentos más diversos del pasado (á cuyo número pertenece principalmente el lenguaje), cuántos centenares de miles de

años, quizá millones de millones, se escapan á sus miradas. No podemos sospechar la extensión del tiempo que permanece oculto para nosotros (1).

Después de esta observación puramente cronológica, pasemos á una consideración de otro orden. Si el desarrollo de la historia es un proceso natural, por consiguiente, una serie de fases que resulta de una ley natural y que es gobernada por ella, *estas fases constitutivas* deben, necesariamente, como lo hemos hecho notar más arriba, haber sido *siempre y en todas partes semejantes á aquellas que observamos al considerar este proceso durante todo el lapso de tiempo* que nos ofrece la *historia conocida* en la época actual. El carácter más elevado de toda ley natural, y por lo tanto también de todo proceso natural, lo que debe ser propio en el más alto grado á esta ley, á este proceso, ¿no es el de ser universal y no admitir excepciones?

Así, pues, si en lo que concierne al curso de los astros, la certidumbre de lo que admitimos para los millones de años que se han deslizado sin dejarnos ningun testimonio de sí mismos, es tan profunda como lo es nuestra condición de lo que conocemos para el lapso de tiempo que abrazan la tradición histórica y nuestras observaciones personales; si, en lo que concierne á las leyes naturales químicas, vegetales y animales que conocemos, por ejemplo la acción del calor y de la humedad sobre el mundo vegetal, etc., nuestra certidumbre se aplica lo mismo á la

---

(1) «Desde lo alto de esas pirámides, cuarenta siglos os contemplan», decía Napoleón. Ramke corrige con razón este aserto: «Hace innumerables siglos que las pirámides contemplan las generaciones» (*Weltgeschichte*, tomo 1, pág. 8). Véase también Joly: *Der Mensch vor der Zeit der Metalle*, pág. 215.

época prehistórica, aunque no tengamos ningún dato acerca de la acción de estas leyes en aquella época, por lo mismo, nuestra certidumbre debe ser completa á propósito de *todas las fases*, habiéndose verificado en el dominio del proceso natural social durante ese *pasado* que es *infinito* con relación al logro de tiempo de la historia conocida. Sí, debemos reconocerlo, todas las fases, todos los desarrollos del proceso natural social se cumplían ya durante ese pasado infinito del cual nada nos ha quedado: ni monumento, ni testimonio, ni señal de testimonio, ni ese recuerdo de testimonio, la tradición oral.

No es además preciso reconocer que estos fenómenos sociales, aun en el pasado infinito, eran esencialmente análogos á los que se han producido ante los ojos de la humanidad histórica desde las primeras épocas de la historia conocida y á los que se realizan ante nuestros ojos en la vida actual; en una palabra, que eran de la *misma especie*. Es evidente que no podían diferir *esencialmente* de los que se han cumplido durante el curso de la historia conocida, ni de los que se cumplen actualmente en el terreno social. Reconocerlo no es más que reconocer la consecuencia necesaria de la noción del proceso natural.

Para expresarnos más brevemente, apelemos á la ley de *perpetua identidad de esencia* á la causa que, obrando siempre semejantemente, hace que estas fases, tanto en el dominio de la naturaleza, como en el del proceso natural social, no cesen jamás, cumpliéndose eternamente, el quedar *semejantes en su esencia*. Entonces podremos decir que esta ley nos suministra la clave por medio de la cual nos es imposible encontrar, en el dominio del proceso natural social, la infinitamente larga serie de fases que se han

producido *entre los comienzos más lejanos, del género humano sobre la tierra y la primera aurora de la historia conocida.*

Provistos de la clase que nos suministra esta ley, podemos, después de haber considerado y estudiado en detalle la *esencia* de fases políticas y sociales en los tiempos históricos y actuales, formamos una idea provisional de la esencia de los acontecimientos y evoluciones que se han cumplido en el período prehistórico, incomparablemente más grande (1).

(1) Los grandes progresos y los grandes descubrimientos en el dominio de la geología datan del día en que Carlos Leyell erigió este principio, que es de un mérito imperecedero: «Las fuerzas que obran actualmente sobre la tierra y en la tierra son, en especies y en medidas, las mismas que aquellas que en épocas remotas han producido modificaciones geológicas.»

En la filología, Schleicher proclama este principio metodológico. La observación inmediata es uno de los medios que nos hacen conocer la vida posterior de las lenguas. Hay ciertas leyes biológicas que podemos realmente observar: «Admitimos que en lo que tienen de esencial se aplican lo mismo á la épocas que se apartan de la observación inmediata, y que rigen, por consiguiente, también la génesis primitiva de las lenguas. Esta primitiva génesis no puede ser concebida más que como estando en el porvenir.» (*Ueber die Bedeutung der Sprache für die Naturgeschichte des Menschen*, pág. 24.)

El método más arriba desarrollado, consistente en ir de lo conocido á lo desconocido, no nos permite suponer, para los tiempos primitivos, escapando á la observación inmediata, otras leyes que las observadas en el período accesible á nuestra observación.

Lazarus Geiger ha hecho avanzar la ciencia del lenguaje por la aplicación de este mismo principio.

## XXX

## Las diversas fases del proceso de la historia

¿En qué consisten, en el pasado histórico y con la vida presente, esos fenómenos del proceso natural social?

La historia y el presente nos ofrecen la imagen de guerras casi interrumpidas entre tribus, entre pueblos, entre Estados y entre naciones (1). El objeto de todas las guerras es siempre el mismo, cualesquiera

(1) Ranke (*Welgeschichte*, tomo VII) se opone á las ideas estrechas y exclusivas de los que no consideran en la historia más que la historia de la civilización; insiste con razón sobre lo siguiente. «Que no es únicamente en las tendencias á la civilización en lo que consiste el desarrollo histórico. Proviene de impulsiones de otra muy diversa especie, principalmente del antagonismo de las naciones que combaten entre sí por la posesión del suelo y la preeminencia en él. En esta lucha que en toda época se libra, aun sobre los dominios de la civilización, se forman grandes poderes históricos que sin tregua luchan entre sí por la *dominación*. Los elementos son entonces transformados por la colectividad, pero al mismo tiempo se afirman y reaccionan contra la colectividad.»

Existe una vida histórica que se sucede progresivamente de una nación á otra, de un grupo de pueblos á otro. La *historia universal* se ha ocupado *precisamente* en la lucha de los diversos sistemas *de pueblos*, y en estos hechos fué donde las nacionalidades tuvieron conciencia de sí mismas.

Lassaulx admite que la guerra desempeña un papel importante en la *historia de la civilización*; afirma que «la mayor parte de los grandes progresos intelectuales en la vida de los pueblos han sido determinados por una gran guerra de pueblos» (*Philosophie der Geschichte*, pág. 80). Por lo que concierne á la ciencia é importancia de la guerra, véase también nuestro *Verwaltungslehre*; etc. Insbruk, 1882, pág. 59.

que sean las diferentes formas bajo las cuales se presente: es el de *servirse del enemigo como de un medio de satisfacer las propias necesidades*.

Que en el estado primitivo se haya conseguido este objeto comiéndose al enemigo ó reduciéndolo al estado de *vasallaje y de sujeción* personal, ó incorporándole al territorio, ó imponiéndole servicios, corveas é indemnizaciones, ó limitándose á imponerles una contribución una sola vez, todo ello está comprendido en la creencia del proceso natural. En todo caso, este fin resulta de las relaciones entre los elementos étnicos heterogéneos, relaciones que ya conocemos. En cuanto á la guerra, es la manifestación de esas fuerzas y tendencias que reinan en los elementos heterogéneos. Es, pues, tan *natural é inevitable* en los elementos heterogéneos, como en todos los otros procesos naturales, la perpetuidad de la acción de las diversas fuerzas que en ella toman parte.

Si la guerra consigue su objeto, se produce entre los elementos heterogéneos una relación de dependencia ó de dominio. Uno de los elementos vencedores, ó la coalición de los elementos vencedores, en el caso de que no sean canibales, comienza por sujetar á los elementos vencidos (1). Los vencedores se preocupan en seguida de los medios de perpetuar su supremacía, y organizarla á fin de poder emprender una explotación permanente de la relación de supre-

---

(1) Véase Gobineau. Para este autor, lo mismo el proceso natural y social *cuando se desarrolla en alguna parte*, se desarrolla de este modo. «Dejemos, pues, las tribus insociables de lado y continuemos la marcha ascendente en aquellas que, sea por la guerra, sea por la paz, si quieren aumentar su poder y su bienestar, les es de absoluta necesidad forzar á sus vecinos á *entrar en su círculo de existencia*. La guerra es incontestablemente el más sencillo de los dos medios. La guerra se hace entonces,

macía que han establecido: fundan para esto las instituciones del Estado (1). Cuando han sido fundadas, cuando los elementos heterogéneos han sido combinados en un estado único, este estado empieza á desarrollarse regularmente. Por todas partes y siempre, en estas condiciones, la creencia del desarrollo es la misma. La explicación de esta identidad que nosotros hacemos constar, es que por todas partes y siempre estas instituciones han salido de las mismas necesidades de los que ejercen la supremacía, y que, en el fondo, son siempre forzadas á adoptarse á las mismas reacciones de los que las sufren. Siempre y en todas partes hay identidad de ciencia en los reglamentos brotados de estas relaciones en el curso del desarrollo del Estado, es decir, en los dominios de la costumbre del derecho, de la economía política.

De otra parte, y aun bajo las múltiples influencias de esta vida política, se produce en el espíritu humano, ó, por mejor decir, en el espíritu de los hombres que no están acaparados y oprimidos por las necesidades de la vida y que ocupan posiciones independientes. Estos, en el caso de que tengan disposiciones naturales, pueden conseguir un mejoramiento y el embellecimiento de la vida; se consagran, según sus inclinaciones, á trabajos intelectuales ó artísticos, y crean obras técnicas, científicas ó artísticas.

Llamamos civilización al conjunto de todas las crea-

---

pero la campaña termina cuando se han satisfecho las pasiones destructoras; quedan prisioneros, los prisioneros se les hace esclavos, los esclavos trabajan, de aquí las clases, la industria y una tribu convertida en pueblo.» Véase también Hellwald, l. c., página 44.

(1) Véase nuestra *Philosophisches Staatsrecht*, pág. 20 y siguientes.

ciones, de todas las ideas, que se relacionan, sea con el derecho, sea con la costumbre, sea con la economía política, sea con las cosas técnicas, sea con las ciencias; sea con las artes, y que no siendo posibles más que *por el Estado*, se producen en el Estado.

En esto consisten las *fases y los resultados* del proceso natural histórico; los unos y los otros se reproducen siempre y por todas partes.

En cuanto á la esencia íntima de este proceso, si queremos llegar á conocerle en detalle, nos es preciso observar sucesivamente los *diversos factores* que le constituyen. Es preciso que comencemos por comprobar los personajes del drama histórico, los *elementos étnicos*, sus grupos sociales y sus confinaciones sociales, después sus acciones y sus movimientos, la lucha y la guerra, al mismo tiempo que la *fundación* y el *desarrollo* de los Estados; en fin, la génesis de la civilización, su desarrollo en sus diversos dominios. Es preciso que nos esforcemos en profundizar la esencia y el papel de todos estos factores del proceso natural histórico.

## XXXI

### Comunidades sociales

Para no caer en el error de los sociólogos modernos, que hablan sin ninguna precisión de «sociedad de comunidad» *sin haberse dado claramente cuenta de estas nociones*, debemos considerar, ante todo, diver-

esos grupos sociales como unidades realmente existentes y que en efecto hayan existido (1).

Al buscar estas unidades sociales, estas comunidades que, siendo formas del proceso natural social, al venir á ser los propagadores, los factores que le dirigen, encontramos en primera línea, en la vida actual que nos rodea, los *Estados*, es decir, las comunidades organizadas de grupos de hombres, para las cuales reservamos el nombre de pueblos cuando los consideremos como formando una unidad: el Estado.

Los Estados son, pues, formas de *encuadramiento*

---

(1) Cuando Güssmilch en 1742 hubo imaginado «un orden divino en las vicisitudes del género humano», los estadistas se pusieron á observar la regularidad de los movimientos de las masas. Solamente tomaron por unidad en sus observaciones, la primera masa de población *políticamente circunscrita* que se presentó a su espíritu: los habitantes de una ciudad ó de un Estado. Estos no son unidades sociales naturales. Esta es ciertamente la principal causa por la cual los estadistas no han obtenido resultados, á pesar de sus investigaciones, á fin de descubrir las leyes universales. Ciertamente que después la estadística ha mostrado tendencias á especializar sus observaciones, es decir, á buscar los elementos naturales de estas comunidades políticas, á fin de someterlos á su examen. En virtud de esta tendencia se ha separado de la estadística política para entrar en lo que se llama *estadística etnográfica* (Wappäus, Czornig, Adolfo Ficker). Quetelet no ha contribuido á este progreso no preocupándose más que de la «sociedad», noción vaga y nebulosa, llega al «hombre medio». Este «hombre medio» es un resultado, es el resultado del cálculo y no otra cosa. En rigor, no es sobre una «sociedad» (desprovista de existencia) sobre lo que Quetelet instituye sus observaciones, sino sobre comunidades políticas, tales como las ciudades y los Estados. No pudo llegar así más que á leyes quiméricas que regían al «hombre medio». No están aquí las leyes. La estadística *etnográfica* moderna no es más que transitoria; prepara el camino á una estadística que tendrá por objeto las verdaderas unidades étnicas ó sociales, y que llegará de esta suerte á establecer las leyes verdaderas de la vida y del movimiento de las masas (á lo que de otro modo no podría llegar).

de una población, en las cuales formas aparece éste activamente como factor del proceso histórico, porque á título de Estados es como los pueblos se hacen la guerra, á título de estados como luchan aun durante la paz, por medios pacíficos, por sus múltiples intereses particulares; en una palabra, es á título de Estados como los pueblos hacen la historia.

¿Podemos considerar estos *pueblos-Estados* como los elementos étnicos invariables, fijos y *permanentes* que, por su acción, perpetúan la continuidad del proceso natural de la historia? De ningún modo; porque mirándolo más de cerca, reconocemos que los Estados y sus pueblos no son más que productos y resultados de desarrollo que provienen de elementos étnicos heterogéneos. El reposo que *estos elementos étnicos heterogéneos* han encontrado en *estos Estados* y en estos pueblos, no es más que aparente. Encuadrados en adelante de manera que contituyan una unidad, no por eso dejarán de ejercer una acción histórica. No hay ningún Estado en que la población no se componga de elementos étnicos heterogéneos; no ha existido jamás ningún Estado cuya población no se haya compuesto de ese modo. Este hecho es una parte tan íntima de la esencia del Estado, que no podemos representarlo sin tal hecho (1).

La heterogeneidad étnica de algunos Estados (Austria, Rusia, Inglaterra) es todavía patente en la actualidad. La de otros Estados (se les llama Estados nacionales») sólo es conocida y visible gracias á la investigación histórica; en la vida actual, por lo me-

(1) A propósito de esta naturaleza, de esta constitución de Estado, así como de las naciones de tribus, de pueblos, de naciones, véase nuestra *Philosophisches Staatsrecht*; veáse también nuestro *Recht der Nationalitäten* (Insbruck, 1879).

nos ante un examen *superficial* ó para un observador alejado, parece haber homogeneidad: la antigua heterogeneidad étnica sólo está recordada por las *oposiciones de clases y de profesiones*, que se hallan á punto de atenuarse y no excluyen relaciones. Esto ha sucedido, por ejemplo, en Francia, en Italia, en Alemania (á excepción de las provincias orientales), en España, etc.

Esta heterogeneidad no es especial en los Estados europeos. La encontramos en todas las partes del mundo. ¿Quién no sabe por los relatos de los viajeros y por las descripciones etnográficas, cómo difieren los elementos étnicos que constituyen las abigarradas poblaciones de los Estados, tanto de la América del Norte como de la América del Sur? ¿Se inclinará quizá á considerar este último hecho como un fenómeno anormal, «artificial», como el resultado de la conquista y de la colonización de América por los europeos? ¿Nos presentan cuadro distinto el Asia y el Africa?

¡Considérese la mezcla heterogénea de las poblaciones de la India, en las cuales, en el radio de la dominación inglesa, hablan más de ciento treinta lenguas diferentes los diversos elementos étnicos! ¡Considérese el Egipto, cuya población se compone de fellahs, de koptos, de beduinos, de nubianos, de sudaneses, de turcos y de griegos, etc.!

¿No se admitirá este estado de cosas más que para los «Estados civilizados» y no se le atribuirá más que á la «civilización»; mientras que se representarían los estados naturales como exentos de estas mezclas «antinaturales»? Los «estados» del Africa nos ofrecen el mismo espectáculo.

Si nos fijásemos, en fin, en estos territorios en que

las instituciones y el orden político han penetrado poco todavía, si hubiesen penetrado algunas, veríamos aumentar de una manera increíble la multiplicidad de los elementos heterogéneos. «No hace mucho tiempo, refiere Kessler, se distinguían en el Cáucaso más de cien pueblos y comunidades de pueblos diferentes que hablaban más de sesenta lenguas y dialectos (1).»

El mismo abigarramiento notamos, sobre poco más ó menos, cuando echamos una ojeada sobre los países de las poblaciones asiáticas, por ejemplo, los turcomanos y kirgises; por todas partes la misma multiplicidad de lenguas, aunque las lenguas se extingan más fácilmente que las tribus. El mismo estado de cosas se observa, por último, en esos territorios del interior de Africa que acaban apenas de ser descubiertos, y en esas regiones de la América del Sur, en que bogan errantes tribus salvajes (2).

La multiplicidad de las unidades y de los elementos étnicos heterogéneos, es tanto más grande cuanto más nos aproximamos á los elementos sociales más primitivos y nos remontamos más allá en el pasado de los Estados.

Lo que indica, por lo demás, que en el curso de la historia el número de los elementos étnicos heterogé-

---

(1) *Virandungen der Gessellschaft für Erolkunde in Berlin*, tomo VII.

(2) Los negros de Africa y los indios de América hablan un número de lenguas *incalculable*, y se dividen en un número *incalculable* de pueblos; es este un hecho fuera de toda duda por la apreciación unánime de todos los misioneros y de todos los viajeros. La ciencia, á pesar de los recursos considerables que estaban á su disposición, no ha podido demostrar, como lo hubiera hecho de muy buena gana (!) la unidad de estas lenguas y de estos pueblos» (Müller: *Etnografía*, pág. 15).

neos, lejos de aumentar disminuye, fusionándose juntamente ciertos elementos étnicos, y que hay tribus y pueblos que han abandonado su lenguaje y sus particularidades para adoptar una lengua y una civilización comunes á otras unidades étnicas, pero que la historia conocida no presenta ningún caso de una lengua nueva en camino de producirse. «No hay, dice Schleicher, ningún ejemplo histórico de una lengua en camino de formarse (1).»

Estos hechos sacados de la historia, estos hechos que nos muestran la marcha del desarrollo de la humanidad como un perpetuo proceso de fusión y amalgama de elementos primitivamente heterogéneos, están en desacuerdo absoluto con la hipótesis, según la cual las variedades que actualmente existen entre los hombres se derivaban por diferenciación de una semejanza primitiva. Supongamos por un instante que se admite esta hipótesis según la cual los grupos y las colectividades de hombres, que actualmente designamos bajo el nombre de tribus ó de razas, fuesen los resultados de un *proceso de diferenciación*. Entonces la marcha del desarrollo de la humanidad *prehistórica* sería *inversa* de aquella que *podemos observar en los tiempos históricos*; sería no la *asimilación de los elementos heterogéneos*, sino la *diferenciación de los elementos homogéneos*. La ley más alta que hemos erigido, nos permite admitir las consecuencias de la hipótesis; porque relacionando estas consecuencias las unas con las otras y los efectos de la ley de perpetua identidad de esencia, ley que está de acuerdo con la historia conocida, se llegaría inevitablemente á esta contradicción, á este absurdo manifiesto; un proceso-

---

(1) Schleicher: *Zur Vergleichenden Sprachgeschichte*, pág 16.

de diferenciación se habría desarrollado desde los comienzos más lejanos del género humano sobre la tierra hasta el umbral de la historia conocida, para dejar plaza á un proceso inverso, proceso de *asimilación* y de *fusión*.

Si la historia de la humanidad en lo que nosotros conocemos de ella, *da testimonio del proceso de asimilación de los elementos heterogéneos*, la ley de la perpetua identidad de esencia de las fases sociales nos fuerza á representarnos este proceso como desarrollándose continuamente desde los primeros comienzos del género humano á partir de las tandas humanas primitivas.

Partiendo del análisis étnico de los Estados actuales, hemos visto abrirse una perspectiva que se extiende hasta los oscuros comienzos de la venida de la humanidad á la tierra. Evidentemente es que desde estos comienzos hasta el momento en que la humanidad ha sido capaz de formar los estados históricos y hasta el presente, esta humanidad ha pasado por un gran número de comunidades sociales y de formas sociales combinadas de maneras diferentes; es evidente también que los Estados actuales no pueden ser el límite de este desarrollo. Así, pues, este desarrollo se opera por completo con una regularidad evidente y rigurosa; se debe, pues, distinguir entre las comunidades numerosas sociales que se han formado en el curso de este desarrollo para resolverse en seguida en nuevas formas sociales, ciertos tipos que se han producido en circunstancias análogas, y que, en su esencia, en sus caracteres, nos presentan ciertas analogías y semejanzas.

Este asunto, las diversas *especies de comunidades sociales*, ha sido, por desgracia, completamente des-

cuidado por la ciencia, ó bien no ha sido apreciado por ella más que de una manera muy insuficiente.

Existe una circunstancia que basta por sí sola para acusar concretamente esta omisión, ó, por lo menos, esta insuficiencia: consiste aquélla en que tenemos un *número tan pequeño de expresiones y definiciones* para la infinita multiplicidad de comunidades y unidades sociales, que se ven forzadas las investigaciones á emplear la misma designación alternativamente para las comunidades sociales más diversas. Esto entraña una muy grande oscuridad y muy grande confusión, y hace difícil toda operación científica, en este dominio, en vista de que para una operación científica son, ante todo, necesarias nociones claras y expresiones precisas (1). Basta para convencerse con pasar revista á las designaciones ordinarias: tribu (2), raza, pueblo, población, familia de pueblos, nación, nacionalidad. A ninguna de estas palabras corresponde una noción determinada. Cada una de ellas es empleada alternativamente por los más diversos investigadores, y aun en la vida cotidiana por las naciones de comunidad social más diferentes. No se está de acuerdo sobre

---

(1) Recordemos aquí una reflexión exacta hecha por Thonassen: «Nuestras lenguas continúan siendo extremadamente imperfectas para las más elevadas investigaciones y las más profundas. Los matemáticos no hubieran llegado á su desarrollo actual si no se hubiese creado para ellos una lengua especial. Se ha podido hacerlo para los matemáticos; para otros dominios, por ejemplo, para el de la filosofía, las dificultades han resultado hasta el presente insuperables. Sin embargo, nada se detiene ni se para en el mundo: aquí, como en todo, se realizaron inmensos progresos» (*Geschichte und Sistem der Natur*, página 50, 1874).

(2) La palabra *stamm*, por ejemplo, significa en alemán *tribu y trono*.—(N. DEL T.)

ninguna de ellas. Nadie puede decir con precisión lo que se debe comprender por pueblo, lo que significa raza, lo que hay que representar por tribu, lo que es una población, lo que es una familia de pueblos, lo que es una nación y una nacionalidad, y temeridad sería de mi parte, en presencia de esta vaguedad universal en el sentido de la palabra, querer imponer explicaciones apodícticas. Por lo demás, como carecemos en absoluto de denominaciones y designaciones convenientes y apropiadas, yo mismo me veré muy expuesto á tenerme que servir de una sola y misma palabra atribuyéndole significaciones diferentes. Una causa de esta falta de precisión y de esta inestabilidad consiste, en parte, es verdad, en que nuestras nociones sobre estos asuntos están dentro de una corriente perpetua de desarrollo. Lo que eran tribus hace siglos, se ha transformado actualmente en pueblos y naciones; lo que en otro tiempo eran pueblos extranjeros entre los cuales reinaba un verdadero odio de razas, por ejemplo, los griegos y los bárbaros que los rodeaban, se considera actualmente como perteneciendo á la misma *raza*, etc. Este perpetuo cambio de cosas, esta perpetua fusión y las perpetuas transformaciones de la *esencia* y de las *formas*, esto es lo que hace difícil la formación de naciones inmutables.

Otra circunstancia: *la vista humana tiene necesidad de ejercerse largo tiempo para distinguir las diferencias de tipos humanos; lo que contribuye á menudo á hacernos creer que recomenzábamos una unidad de razas y de tribus allí donde realmente no existe.*

Para la vista no ejercitada del europeo, todos los habitantes de la China tienen el mismo aire de familia. Es cierto también, á la inversa, que para los chi-

nos, todos los europeos parecen pertenecer á una misma fuente (1).

Cuando los españoles descubrieron la América, todos los indios del Nuevo Mundo les parecían que formaban una sola familia de hombres. Pedro Cieza de León escribía entonces: «Este pueblo, hombres y mujeres, aunque esté dividido en un número muy considerable de tribus ó de naciones que habitan bajo los más diferentes climas, no parecen descender de una familia única.» Según recientes investigaciones, existen entre las tribus indias más de quinientas lenguas diferentes, aunque un gran número de ellas haya desaparecido de este país con las tribus que las hablaban.

He aquí por qué no hay ninguna otra cuestión científica á propósito de la cual la confusión y las divergencias sean tan irremediables, como la cuestión acerca de la división de la humanidad en razas y en tribus. Aquí todo es arbitrario, todo es opiniones y apariencias subjetivas: en ninguna parte se encuentra terreno sólido, en ninguna parte puntos fijos, en ninguna parte un resultado positivo.

Los filólogos reparten la humanidad según las diversas lenguas; no reflexionan que esta repartición no puede significar más que una cosa, á saber: que los grupos instituidos por ellos hablan actualmente estas lenguas; no reflexionan que esta clasificación de las lenguas no tiene nada de común con la clasificación étnica de la humanidad.

No es mejor la manera cómo proceden los historiadores y etnógrafos. Unos y otros distribuyen á la humanidad según diversos criterios que toman de la his-

---

(1) Compárese Appun: *Die Indionentämme*, etc., en la *Revista Ausland*, 1871 y 1872.

toria, así como del desarrollo de la civilización, y que cuadran con la lengua.

Tal es la división, por ejemplo, en arias, semitas y turanios. Los historiadores de la antigüedad no se dejan preguntar si tal ó cual pueblo «perteneía» á tal ó cual de los diversos troncos en los que se complacían á dividir la humanidad: si los egipcios, los medos, los persas, los bactrianos, los leytas, eran arias, semitas ó turanios. Tan pronto se deciden por uno de estos grupos como por el otro; mas para todos estos historiadores hay ciertos pueblos que permanecen como los representantes principales, los tipos característicos de los tres troncos susodichos. Nada más erróneo, nada más falso que todo este ciclo de ideas, cuya génesis vamos á investigar.

Volvamos á esta costumbre mental, de la que hemos hablado antes, que encuentra su expresión en el monogenismo y que refiere la multiplicidad de los hombres á una raíz que representa la unidad. Cuando el pensar primitivo se ha desentendido, no solamente de la *pluralidad* de los hombres, sino de su *diversidad*, sobre todo á la diversidad de los grupos humanos de la diversidad de las tribus, *no hay otra manera de explicar los hechos* que atribuir el origen de estas diversas tribus humanas á diversos retoños de la única pareja de padres. Esta explicación era la consecuencia necesaria de la idea monogénica que necesariamente se imponía á este pensar primitivo, que opera todavía con los elementos más sencillos de la actividad mental humana. Los célebres cuadros de pueblos de la Biblia suministran un notable ejemplo de ideas primitivas de este género (1).

---

(1) Los *Babilonische Berichte*, de Beroms; los escritores sagrados de los indios, de los persas; las tradiciones de los scitas,

Supongamos que los historiadores de entonces hubiesen notado una diferencia en los grupos humanos y en las tribus humanas; supongamos que de otra parte, hubiese hecho el uno llamar á los unos semitas, á los otros cusitas, á los otros jaféticos. El pensar de entonces debía necesariamente concurrir á esta explicación: hubo en otro tiempo un autor que tuvo tres hijos, Sem, Cam y Jafet; estos vinieron á ser los autores de grupos de hombres en cuestión, y estos grupos, á la larga, adoptaron lenguas diferentes (1).

Actualmente hemos avanzado bastante para reconocer la candidez de esta operación mental. Pero preguntaremos: la totalidad de los hombres, *la élite* intelectual de hoy, la mayoría de los historiadores actuales, ¿se han elevado por encima de este modo del pensar, que era la base de las explicaciones bíblicas y de otras explicadas por la leyenda? No lo han hecho en lo que concierne á los puntos esenciales. Se ha podido, en nuestros días, cambiar la forma de las explicaciones que se daban hace dos ó tres mil años para ciertos fenómenos de la historia humana; pero la actividad intelectual de nuestra época nos ha atraído nuevas interpretaciones.

Durante largos siglos se han tenido por bastantes las explicaciones bíblicas y no se ha visto en la hu-

le los griegos, etc., contienen cuadros de pueblos análogos. Véase á este propósito á Lassaulx: *Philophie der Geschichte*, pág. 87 y siguientes.

(1) El pensar de los germanos se encontraba en el mismo estado primitivo en la época de Tácito: *Manno tres filios assignante quorum nominibus proximi Oceano Ingaones, medii Hermiones caeteri Istarones*. Los relatos históricos populares de los slavos han hecho remontar á los tres hermanos Sech, Chech y Russ las diferencias entre los sech (polacos), tcheques y rusos: siempre la misma operación mental para explicar el mismo fenómeno.

manidad más que los descendientes de estos tres desgraciados hermanos, Sem, Cam y Jafet; actualmente, esta manera de ver no se ha modificado más que muy poco y solamente en parte. Cuando se hubo reconocido que el sánscrito era la fuente de las lenguas europeas, se pensó, sin ningún motivo plausible y contrario á toda exactitud, que todos los pueblos europeos, cuyas lenguas se derivan del sánscrito, no podían menos de descender del pueblo que se deriva del sánscrito. Así, pues, como este pueblo sánscrito se llamaba «los arias» se llegó bien pronto á llamar arias á todos los pueblos que se servían de las lenguas que se derivan del sánscrito. Cuando la filología hubo erigido al lado de esas lenguas «arias» otros grupos de lenguas imposibles de relacionar con la lengua aria, á saber, la semítica y la turania (la mongólica), se formó en conformidad con estos hechos un turno humano semítico y un tronco turano.

Esta repartición de la humanidad tiene absolutamente el mismo valor que la ficción genealógica bíblica de Sem, Cam y Jafet, que la ficción genealógica germana concerniente á los tres hermanos Jugaer, Istor y Hermin, ó que la ficción eslava relativa á Sech, Lech y Russ. No es nada más que la expresión de una concepción que reina momentáneamente y que se deduce de una *diversidad* de grupos humanos, la cual existe en época dada; es una manera natural de explicar las diferencias de «razas» que existen y resultan de *otros factores y premisas sociales políticas é históricas*.

Estas divisiones no reposan sobre ningún hecho etnológico real. Los griegos de la antigüedad, por ejemplo, no hubiesen ciertamente admitido que eran hermanos, en su origen, de los «bárbaros» del Norte.

Los bárbaros de Europa, sabios y civilizados, les atribuyen en razón de las investigaciones sobre el sánscrito un origen común, sin reflexionar que nada les autoriza á sacar conclusiones relativas al origen de los pueblos fundándose en sus lenguas.

No es asombroso que estas clasificaciones cambien constantemente y que los investigadores no puedan llegar á ponerse de acuerdo; testigos, los grupos «indogermánico», «caucásico», etc., que vienen á contradecir la división precedente en arios y semitas.

Estas divisiones de la humanidad en algunas fuentes principales poco numerosas, surgen en todas las épocas, según la necesidad social y el estado de las ideas; no son, en suma, más que una consecuencia necesaria de la concepción monogénica. Por facticias que sean, son sin embargo muy persistentes; duran siglos enteros y no desaparecen más que á compás de la transformación completa del medio social en que se habían efectuado. En Europa, en la Edad Media, las clases nobles se decían jaféticas para distinguirse del pueblo de los campos, que era considerado como emita. En la actualidad, felizmente, gracias á la metamorfosis que se ha producido en el siglo XVIII, en el estado social, no se admitía la división en jaféticos y mitas; nobles y campesinos son considerados como igualmente arios, es decir, como parientes, como descendientes de un tronco común.

Cuanto dejamos dicho, muestra suficientemente, según nuestro juicio, cuán desprovistas de valor están estas divisiones de la humanidad (1).

---

(1) El siguiente pasaje de Mooers, á propósito de los cananeos, puede servirnos para apreciar el método y juzgar pertinentemente del ningún valor de las tablas de pueblos y genealogías bíblicas (que en conjunto tienen todavía autoridad): «El

Llegamos á los antropologistas. Según criterios psicológicos y anatómicos, pretenden los antropólogos, por lo menos los antropólogos puros, dividir á la humanidad en tribus y razas. No son, sin embargo, más felices en esta cuestión que los lingüistas y los historiadores. Quien haya querido ayudarse con investigaciones antropológicas acerca de los diversos tipos de la humanidad, se dará cuenta del triste papel que representan las *mensuraciones de cráneos*, etc. Es una confusión inextricable: los números «medios», y las medidas «medias», no dan resultados tangibles. Lo que tal antropólogo describe como tipo del germano, conviene perfectamente con los esclavos, según tal otro antropólogo. Hay tipos mongólicos entre los

---

nombre de los caneos, habitantes preisraelitas de Palestina, se deriva del nombre del país Chanaam. Por abstracción se les ha hecho descender de un único autor, cuyo nombre es el del mismo país. No se hubiese hecho ciertamente esta abstracción si desde largo tiempo estos pueblos no hubiesen vivido cerca de los otros. El testimonio, conviene reconocerlo, no carece de importancia. En cuanto á las consecuencias é hipótesis que los investigadores de la antigüedad sacan de aquí, relativamente á una unidad primitiva de los cananeos, á una inmigración simultánea de estos mismos cananeos, á una mezcla ó sujeción de pretendidos habitantes primitivos, etc., ni los unos ni los otros tienen gran valor *para el que conoce la naturaleza de estas genealogías*. No tienen en el fondo base más sólida que la que suministrarían, por medio de hipótesis y combinaciones análogas, los nombres, por ejemplo, de Hilade y Helenos. Los israelitas, al servirse del nombre de cananeos, no lo tomaban en el sentido propio; hacían extensiva la significación. Del mismo modo, *es por metonimia como el antiguo testamento da este nombre á la población preisraelita del país situado en el interior de Palestina*. Examinando atentamente los datos bíblicos se llega á reconocer con evidencia absoluta que esta población, en los tiempos primitivos, no formaba un pueblo estrechamente unido y de tronco común» (*Die Phönizur*, tomo II, pág. 62). Y, sin embargo, nos representamos á esos pueblos como provinientes de un autor común, Chanaam.

arios, y á cada instante se está expuesto á tomar, según el criterio antropólogo, á los arios por los semitas y al contrario. Desde el punto de vista físico, el nudo gordiano de la humanidad es muy complicado; en el dominio físico, el problema es irresoluble, y nosotros no podemos menos de atenernos á los grupos sociales y nacionales existentes de hecho, sobre los cuales tienen influencia decisiva, circunstancias totalmente *diferentes no físicas*.

Grupos heterogéneos que nombraremos sencillamente razas, vemos salir, siempre y en todas partes, en el curso del desarrollo de la humanidad, de las comunidades superiores, que á su vez se presentan como razas por oposición á otros grupos y comunidades heterogéneas. Ciertamente, tomando las cosas rigurosamente, no hay actualmente razas en el sentido que la ciencia natural da á esta palabra, puesto que no hay troncos humanos que se encuentren en el estado de homogeneidad de *bandas primordiales*. Tampoco se puede designar con el nombre de razas los grupos y comunidades étnicas y aún sociales heterogéneas, *que en la lucha que sostienen las unas con las otras son las propagadoras del proceso de la historia*.

La nación de raza, actualmente, no pudo jamás, ni en ninguna parte, ser sencillamente una nación de historia natural, en el estrecho sentido de la palabra; no es vigor, sino una *nación histórica*. La raza no es el producto de un simple proceso natural, en la significación que esta palabra ha tenido hasta el presente; es un *producto del proceso histórico*, que también es, por su parte, un proceso natural. La raza es una unidad que en el curso de la historia se ha producido en el desarrollo social, y por él. Sus factores iniciales, hemos de verlo, son intelectuales: la lengua, la religión,

la costumbre, el derecho, la civilización, etc. Es más tarde cuando aparece el factor físico, la unidad de sangre. Es éste bien poderoso, es el cimiento que mantiene esta unidad.

Según el número de caracteres intelectuales ó corporales comunes á las unidades étnicas heterogéneas, es más ó menos grande, más ó menos pequeña, y ofrece contrastes de razas más ó menos bruscos. Por lo demás, para provocar la lucha y la guerra, no es siempre necesario que estas unidades étnicas sean absolutamente extrañas las unas á las otras; basta algunas veces la oposición de raza más insignificante.

Las razas opuestas pueden diferir considerablemente, como pueden tener un rasgo ó muchos rasgos comunes; esto no hace cambiar nada á la naturaleza de la lucha ó de la guerra. La lucha y la guerra tienen su *naturaleza especial de fuerza*, su ley sanguinaria especial, que siempre y en todas partes se impone soberanamente á los combatientes, transforma en una *lucha de razas* toda lucha entre dos elementos étnicos y sociales heterogéneos; poco importa que la oposición de estas razas sea más ó menos grande. En este sentido, designaremos bajo el nombre de *lucha de razas* las luchas de las unidades de los grupos y de las comunidades étnicas y sociales heterogéneas más variadas. Estas luchas *constituyen la esencia del proceso histórico*: nos esforzaremos, en lo que sigue, por llegar á conocer la esencia de estos hechos, la manera cómo se cumplen, su papel en el proceso natural de la historia, los fenómenos que los acompañan, en fin, sus resultados.

## XXXII

## La tribu

Quisiéramos considerar las comunidades sociales, pero no hemos llegado más que á hacer constar una perpetua alternativa de fenómenos y de designaciones perpetuamente engañosas. ¿No existe realmente ninguna comunidad que podamos considerar como tipo constante y tomar en algún modo como unidad para medir los movimientos y desarrollos sociales? El Estado es ciertamente un tipo de este género; pero, como hemos visto, no lo es más que á partir de una fase muy avanzada del desarrollo, porque él es una comunidad muy complicada y constituida por múltiples elementos étnicos. Podemos, pues, oponer al Estado un ser más primitivo, una comunidad más sencilla. Este ser tiene una fase de desarrollo social más primitivo, desempeña un papel análogo al que cumple el Estado en una fase posterior. Se encuentra en un grado de civilización más bajo. Es al Estado lo que un elemento químico á una combinación muy compleja. Esta comunidad étnica ó quizá social es la *tribu*. Los grupos singenéticos ordinarios más inferiores en que se distribuyen los pueblos salvajes ó sin civilización son las tribus. En la vida pública de estos pueblos y en su historia (si es que se puede hablar de historia en el grado de civilización en que todavía no existe Estado, pero en donde se está á punto de que se forme) ejercen las funciones independientes que en el mundo de la civilización pertenecen á los *Estados*.

Sería ciertamente interesante llegar á conocer la ciencia y los caracteres generales de la tribu; desgraciadamente, la ciencia, según lo que á nosotros se nos alcanza, apenas si se ha ocupado de este asunto.

Ni en las etnografías, ni en las antropologías, ni en las geografías ó las estadísticas, y menos en las obras de historia, se encuentra respuesta alguna á estas preguntas: ¿Qué es la tribu? ¿Cuáles son los caracteres de la tribu? Para creernos contestados sería menester contentarnos con esta explicación antigua y rebatida: «La tribu se forma por la multiplicación de las familias»; pero como esta explicación no tiene valor alguno para nosotros, puesto que no es más que una consecuencia de la concepción monogénica, no nos resta más que dilucidar por nosotros mismos la esencia de la tribu según los rasgos esparcidos por los diversos pueblos.

Si la tribu no fuese más que una familia agrandada, una multiplicación de familias producida por acrecentamiento natural, ¿cómo explicar que las tribus, durante cientos y millones de años, se distingan tan perfectamente las unas de las otras que se conduzcan como grupos *extraños por la sangre* y sean enemigas entre sí? Si las tribus no se hubiesen formado más que por el aumento natural del número de familias, estos abismos infranqueables, estas murallas separadoras, estas fronteras que en una misma y sola población separan la tribu de la tribu, ¿se habrían producido súbitamente? ¿Es verosímil que proviniendo de una fuente única la corriente agrandada de las generaciones, haya, hasta cierto punto, olvidado súbitamente toda comunidad para dividirse en corrientes secundarias, en las que, durante millones y millones de años, no debía reinar otra cosa que la más

feroz hostilidad? No; el que considera á sangre fría la esencia de estos grupos, no puede apartarse de la convicción de que las tribus son los restos de hordas y de bandas humanas primitivas que desde el principio se han considerado como extrañas por la sangre como *especies diferentes*, y, por consiguiente, han sido opuestas las unas á las otras. El odio apasionado de las tribus entre sí, no es fortuito, sino original, y por mezclados que estén, desde el punto de vista antropológico, los materiales humanos de estas tribus, el espíritu de ella es *originario*; ha mantenido su particularidad, su originalidad enfrente de todas las otras tribus. Todos los elementos que, proviniendo de otras fuentes (por ejemplo, los matrimonios hexogamos), se resuelven en tal ó cual tribu tomando el espíritu de esta tribu. No conocemos, ciertamente, tribus sin mezcla, tribus completamente puras, ni aún entre los pueblos más primitivos; pero las unidades étnicas originarias de las tribus, están ciertamente consideradas, en cuanto al espíritu de muchos pueblos, porque la mezcla de sangre no produce modificaciones sensibles en el espíritu. en la originalidad de las unidades étnicas ó de las unidades sociales: la sangre extraña se mezcla en la circulación intelectual de la tribu, como las corrientes de agua dulce penetran en la mar sin modificar sensiblemente la naturaleza de masa de agua salada que las recibe.

Por consiguiente, la vida de las tribus, en todas partes en que las encontramos en nuestros días, así como las que conocemos por el pasado histórico, nos suministran materiales de observación inapreciables, en lo que concierne á las leyes de relaciones recíprocas entre los elementos étnicos, ó, por decirlo así, en lo relativo á las fuerzas que obran entre estos ele-

mentos y á las relaciones que entre ellos se producen.

Lo que aparece en la vida de estas tribus es que, por todas partes en las que las encontramos, se mantienen, sobre poco más ó menos, inalterables desde los tiempos más remotos. Es en el Estado cuando la vida primitiva de las tribus parece sufrir una transformación completa; el Estado ha tenido solamente el poder de operar este cambio radical. En ciertos países el Estado no ha operado esta metamorfosis, en otros países no ha tenido fuerza para operarla. Aquí y allá la vida de la tribus posee una tenacidad tal, que actualmente presenta las mismas formas que hace millares de años; en plena civilización cristiana europea no difiere de la que se ha conservado en medio de la civilización islámica, ni de aquella que todavía se contiene con vigor inalterable en medio de la civilización, en los bordes del Read-River ó del río de las Amazonas.

Citemos algunos ejemplos. He aquí, para comenzar, un punto de vista general. Duncker, en las líneas que siguen, reúne numerosas relaciones de viajes.

«La vida de las tribus nómadas del Norte de Arabia, así como las del interior de este país, no han sufrido más que pocos cambios, las costumbres y los trajes no difieren de lo que eran en otro tiempo... A la cabeza de la tribu está el jefe de la familia más antigua, de la cual se derivan las otras. Todos los descendientes del fundador de la tribu, del anterior, cuyo nombre lleva, obedecen voluntariamente al descendiente más directo de este autor, porque el derecho de *primogenitura* es sagrado. La *mayor parte de las tribus* se miran con recelo y se hallan en estado de *antagonismo recíproco*. Caen las unas sobre las otras,

pillan las tiendas y se apoderan de los niños, las mujeres, los siervos, y los rebaños por este género de vida, que *es el mismo en conjunto desde hace millares de años hasta nuestros días*; es como los árabes del desierto practicaban las virtudes de la veneración, de la piedad y del acatamiento á la memoria de sus antecesores»; comparad con este cuadro relativo á la Arabia, la descripción que nos ha dado Vambery de los pueblos (igualmente islámicos) de los desiertos del Asia central. Escuchad lo que este mismo escritor nos refiere á propósito de los horrores *del incendio de las estepas*: «A menudo se emplea el fuego como arma de una tribu contra otra; entonces las devastaciones son espantosas.»

Hemos dicho ya que en condiciones más primitivas, las relaciones entre los elementos étnicos heterogéneos y entre las diversas tribus, son todavía más espantosas. Así, los mubuttu, para citar un ejemplo que nos ha sido suministrado por Schweinfurt, viajero de Africa, se componen de dos pueblos heterogéneos, nómada el uno, sedentario el otro.

Los nómadas constituyen la clase dominante y se *comen* á los otros. Es verdad que actualmente las relaciones de este género sólo se reconcentran entre los pueblos más salvajes, en los más próximos al estado de naturaleza.

¿Ha conseguido algo el cristianismo para imprimir un carácter humano á la vida de las tribus, en las regiones en que esa vida se ha conservado en medio de su civilización? ¿Ha puesto fin á las hostilidades, á las guerras perpetuas, crueles y salvajes, entre las diversas tribus? Escuchemos lo que dice Dumont á propósito de los albaneses: «Los albaneses de las montañas jamás se han sometido á nadie. Forman *cla-*

*nes, fares y tschitas*, nombres que significan hogar; no hay lazo entre las diferentes tribus de Albania. En tiempos de paz cada una de ellas queda aislada en su montaña; su país está dividido en clanes, que se administran como les parece, ó más bien—porque la palabra administrar es falsa—viven á su gusto.»

Después de haber descrito á los albaneses como á nómadas y bandoleros que odian todo trabajo pacífico y difícil (en esto se parecen, según él, á los héroes de Homero), habla Dumont del odio que las tribus tienen unas contra otras, y refiere que á menudo, á pesar de la gran indiferencia que hay entre ellas en materia de religión, llegan hasta buscar en la diversidad de ritos (rito griego y romano) pretexto para las hostilidades: «lo que hace que una tribu crea en su Dios *es el odio á la tribu vecina*».

Por último, Dumont hace una observación muy exacta: fuera de todo carácter de raza, el mismo estado primitivo impone costumbres semejantes (1).

La vida de las innumerables tribus de América presenta los mismos caracteres que la vida de las tribus de Arabia, de Asia central y de Europa. Appun cuenta que «la tribu de los warrans, que es la más numerosa de todas, vive rigurosamente apartada de las demás tribus indias. Los *principales enemigos* de los warrans son los caraibos, otra tribu de indios que á menudo hace incursiones armadas en su territorio, los sorprenden por la noche y los matan sin distinción de edad ni sexo».

Otras veces, refiere Appun, estos caraibos hacen frecuentes incursiones en el interior de la Guyana; venden en seguida sus contrarios como esclavos á los

---

(1) *Revue des Deux Mondes*, 1872, tomo vi, pág. 12.

holandeses é ingleses; pero se reservan las mujeres más bellas y las muchachas más lindas» (1).

Las relaciones entre la mayor parte de las tribus indias son, sobre poco más ó menos, semejantes á las que existen entre los warrans y los caraibos. Nos limitaremos á invocar el testimonio de A. Umbrelbet: «Las naciones salvajes están divididas en una gran cantidad de tribus que se odian mortalmente y que no se ligan jamás» (2)...

Si nos preguntamos ahora cuál es el grandor numérico de una tribu, nos vemos obligados á convenir en que no conocemos ningún trabajo especial sobre este punto; creemos, sin embargo, poder decir, según detalles dados incidentalmente por los viajeros, que en condiciones normales, una tribu se compone de quinientas á mil quinientas personas. No conviene olvidar que hay un gran número de tribus que disminuyen y que acaban por extinguirse desapareciendo completamente; pero, por otra parte, el crecimiento de las tribus encuentra ciertos límites naturales, de suerte que una tribu en su estado de vida normal, no traspase cierto *maximun*. He aquí algunas observaciones que nos han servido para fijar estos límites, provisionalmente al menos, del grandor de una tribu.

Appun dice que entre las tribus de indios hay generalmente muchas familias que habitan una sola y misma choza, y que los miembros de una tribu forman establecimientos de seis y diez chozas. Si admitimos que una familia se compone, por término medio, de cinco personas, y si convenimos que la expresión

---

(1) Appun: *Die Indianerstämme Guyanas* (Ausland, 1871, páginas 62 y 182).

(2) *Reisen In Centralameck*, Viena, 1825, tomo iv, pág. 79.